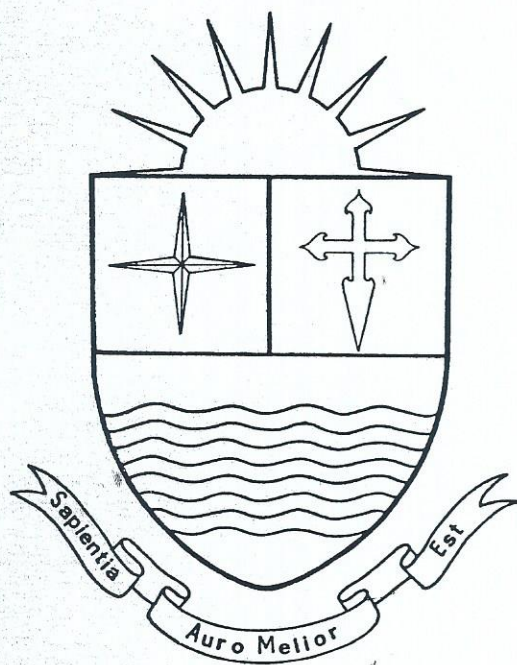


UNIVERSIDAD CATOLICA DEL TACHIRA



# CEREMONIAL Y DISCURSOS

Pronunciados en el Acto de Investidura de  
Doctor Honoris Causa  
del Profesor Allan R. Brewer-Carías

San Cristóbal, MCMXCII

Palabras del Doctor  
JOSE DEL REY FAJARDO,  
Rector de la Universidad  
Católica del Táchira



Dice el poeta Hölderlin que los hombres hemos aprendido a nombrar lo divino y los poderes secretos del universo.

desde que somos un diálogo  
y podemos oírnos los unos a los otros.

Mas, el diálogo es lo contrario del ruido que nos niega y del silencio que nos ignora.

Existe, pues, la tentación renovada de que el alma del diálogo —la palabra— se hipoteque al ruido del falseamiento o al silencio de la negación.

La razón y la sinrazón se construyen con palabras y éstas han caído, lamentablemente, en los juegos de máscaras del espíritu de nuestra época. Por ello han vuelto a adquirir vigencia en la conducta social los “estados de ánimo” que llegan a moverse entre la lealtad y la deslealtad, entre lo sentimental y lo mágico, es decir, emociones y sentimientos oscilantes, todos de corto vuelo, que generan la desconfianza hacia todo lo institucional.

Las palabras las fabrica el hombre pero sólo la ciencia y la virtud las cualifican y las moralizan. Por ello, hoy más que nunca, hay que tener presente la sentencia de Jean-François Revel: “la primera fuerza que mueve a nuestro tiempo es la mentira”.

Pero, este trágico dilema no es nuevo en la Academia, la cual siempre ha sido espacio vital para el encuentro y el diálogo de Sócrates con Gorgias, de Agustín de Hipona con Plotino, de Tomás Moro con Maquiavelo, de Voltaire con Kant, de Hegel con Marx, de Sartre con Maritain.



En esta eterna dialéctica se inscribe hoy la crisis de la antropología cuyo discurso se pronuncia por la tendencia a negar la libertad.

Esta actitud proviene esencialmente de algunos hombres del campo científico. En tal sentido, escribía Albert Einstein:

“No creo en absoluto en la libertad del hombre en un sentido filosófico. Actuamos bajo presiones externas y por necesidades internas. La frase de Schopenhauer: «Un hombre puede hacer lo que quiere, pero no puede querer lo que quiere» me bastó desde mi juventud. Me ha servido de consuelo, tanto al ver como al sufrir las durezas de la vida, y ha sido para mí una fuente inagotable de tolerancia”.

Lo anteriormente transcrito nos conduce a un planteamiento más adecuado del problema de la dimensión ética del ser humano y de la existencia de una libertad de elección sin la cual el lenguaje moral carecería de sentido.

Nuestro punto de partida radica en que la dimensión ética es una vivencia fundamental de la persona humana.

La esencia del ser humano se mide por el sentido de responsabilidad y en función de ella las acciones del hombre devienen en dignas o indignas, laudables o vituperables. La llamada a hacer el bien o el mal es una potencialidad que toca lo más profundo e íntimo del ser personal. Es un plano de conocimiento real, pero distinto e irreductible al de la ciencia físico-matemática.



La hora presente afronta un angustioso dilema. Por una parte, la tendencia a despersonalizar al ser humano como se observa en la ciencia, en la filosofía analítica, en el pathos antimetafísico de la cultura actual; por otro lado, la conciencia emergente de los “derechos del hombre” que se abre paso, cada vez con mayor impulso en el horizonte cultural de nuestro tiempo, a pesar de muchas hipocresías y contradicciones.

Las secuelas del dilema nos alertan acerca de una enseñanza añeja: que los problemas modernos reclaman no sólo una atención económica, administrativa o política, sino que comportan esencialmente una perspectiva moral.

Y desde este último ángulo deseamos trazar tres observaciones:

La primera meditación se adentra en el sentimiento de ver la justicia como igualdad. La igualdad formal ante la ley equivale a un talante del espíritu que diseña accesos iguales de todos los ciudadanos a aquellos bienes básicos que pueden posibilitarles el ser, al ejercitar su igual y simétrica ciudadanía. Ello exige un ordenamiento social que se apoye sobre un criterio normativo, cual es aquel en que la igualdad formal de los sujetos implica formas de igualdad material cuya garantía le corresponde no sólo a los sujetos individuales y a sus morales privadas, sino al conjunto de todos ellos, a su moral pública.

La segunda nos introduce en la antinomia entre lo público y lo privado. La sociedad actual se fundamenta en el ser plural de sus integrantes y en la heterogeneidad obligante



de las diferencias. En consecuencia, los lenguajes privados de la excelencia moral en los que formulamos el proyecto de un modo de vida deseable frente a otros rechazables, no pueden adquirir valor general para toda sociedad.

Los bienes públicos que subyacen al complejo justicia-igualdad y los bienes privados que aparecen en la formulación de un proyecto autónomo por parte de un individuo, parecen ser no sólo diferentes, sino que muchas veces entran en contradicción y conflicto. Así, lo bueno privado puede ser disímil de lo justo público, pues aquéllo es concreto y particular y exige interpretaciones cualitativas por parte de los sujetos, y lo segundo es general y parece contemplar las relaciones entre los individuos como desde fuera de ellos, desde el punto de vista de una tercera persona.

La privacidad, refugiada en la particularidad, corre el riesgo de olvidar aquella dimensión universal y cosmopolita que en tan gran medida constituye la forma moderna de vivir y ver el mundo.

En tercer lugar, la creciente libertad formal de nuestras sociedades hace que los ciudadanos puedan adoptar estilos de vida y códigos morales diversos y plurales y la única forma de pensar la totalidad social es desde ese conjunto de diferencias y en una reposada práctica de tolerancia.

El acto de esta noche constituye una invitación a la esperanza y una reafirmación de que la finalidad primordial del humanismo es la conquista de la libertad interior, pues sólo a través de ella podrá cada persona



construir el bien de la sociedad en que vivimos y en la que deberíamos compartir nuestras responsabilidades.

Nos encontramos en lo que José Luis Aranguren denomina la transición de una moral desilusionada, que todavía puede reaccionar, a la de desmoralización. Por un lado vivimos tiempos de confusión intelectual y por otro carecemos de fuerza moral y de coraje para cualquier reto. La inercia y la falta de perspectivas conducen a no hacer nada, a la privatización y al individualismo a ultranza.

La separación radical entre la política y la ética ha encontrado numerosos adeptos en el siglo XX y una de las principales razones estriba en el escepticismo ante cualquier apelación a principios éticos en la política, ya que con frecuencia tales apelaciones son fruto de la hipocresía. Hay que reiterar que recurrir a justificaciones morales de una política inmoral o amoral, se halla muy lejos de cualquier principio ético y la profesión farisaica de principios morales sólo sirve para encubrir el abandono de la ética.

Dr. Allan Randolph Brewer-Carías:

En Ud. está esta noche representada la Academia y la Universidad venezolana;

los hombres que construyeron las casas del saber y las generaciones que han bebido sus saberes en ellas;

las ilusiones sin compromiso de la juventud que acude a nuestras aulas sedientas de ser y los que en silencio

laboran porque la Universidad sea más científica, más crítica, más humana y más comprometida con los que sufren, aman y esperan una sociedad mejor.

Por todo ello, al conferirle a Ud. el Doctorado Honoris Causa lo están recibiendo conjuntamente con Ud., los que siembran con fe los valores de la Academia y a todos los vincula su juramento.